

SÓLLER

SEMENARIO INDEPENDIENTE

FUNDADOR Y DIRECTOR: D. Juan Marqués Arborea. REDACTOR-JEFE: D. Damián Magot Alsaver. REDACCION y ADMINISTRACION: calle de San Bartolomé n.º 17, SÓLLER (BALEARES)

Sección Literaria

LA VERIDA DEL MESIAS

Prisionero en las garras del pecado durante muchos siglos vivió el hombre, sin invocar de Dios el santo nombre, a no entrar en el cielo condenado. ¡Fortuna fué para él que ese Dios bueno, de omnipotencia en fe y amor profundo, para enviar un Redentor al mundo de casta Virgen fecundara el seno! Merced a aquel misterio, harto elecuente, la infinita grandeza se concibe del Sér Omnipotente que al nacer nos bendice y que, elemento, al morir, en su reino nos recibe.

¿AGUINALDOS?... ¡UF!

Una cosa vengo pensando desde que tengo uso de razón y, todavía, no he podido dar con el por qué de ella.

Y es: ¿qué razones podrán existir para que, apenas llega Navidad, ¡y llega todos los años! empiecen a llover sobre uno tarjetas y más tarjetas de felicitación de otros tantos individuos que esperan el aguinaldo?

¡El aguinaldo, ay!... ¡Hasta el nombre es feo!

Santo y bueno que la humanidad se regocije todos los años, por esta fecha, en conmemoración del Nacimiento del Señor; santo y bueno que se entreguen con verdadera ferocidad, a devorar pavos, capones, faisanes, besugos y otra porción de animalitos destinados a que, con ellos se celebre tan fausto suceso; ¡hasta santo y bueno que todos los mortales, desde el más niño al más anciano, se entreguen, si quieren, a hacer todo el mayor ruido posible con tambores, panderos, zambombas, rabeles y otros instrumentos más o menos pastoriles y más o menos molestos, aún a riesgo de privarnos del sueño a los inocentes y pacíficos vecinos que *no estamos para músicas*, pues sabid: «que esta noche es Nochebuena, y no es noche de dormir».

aunque tampoco comprenda yo por qué razón.

¿Pero pedir aguinaldos?... ¿Establecer por costumbre ese saqueo a mano armada?... ¿Convertir las calles, los comercios y hasta nuestra propia casa en *entrañas de Sierra Morena*?...

Y lo peor es que la costumbre se extiende más cada día. Antes, únicamente se atrevían a solicitar esa especie de contribución *contra industrial*, el cartero, el sereno, el bombero... y menos mal porque, después de todo, aunque uno no recibiera jamás carta de nadie, ni se retirara nunca después de las diez de la noche, ni siquiera tuviera en su casa el fuegucillo más insignificante, siempre era complacer a los que podrían, el día menos pensado, prestarnos un servicio.

¿No había antiguamente un tributo llamado los *chapines de la Reina*?... ¿Pues por qué no ha de haber hoy los *chapines del sereno*?...

Los chapines que no se pueden tolerar son otros; los de aquellas personas que no solamente no nos han servido, ni nos sirven, ni nos servirán para nada (y claro está que aquí van incluidos los acomodadores de los teatros), sino que hasta han tenido la osadía de habernos perjudicado o de haber contribuido de algún modo en nuestro perjuicio.

Ciudadano conozco yo que ha recibido esta tarjeta, cuya sola lectura ha despertado en su memoria un mundo de recuerdos todo lo gratos que el lector puede imaginarse:

Los alcuaciles que llevaron a efecto el embargo de sus muebles

FELICITAN A USTED LAS PASCUAS

Excusado es decir que salieron huyendo, sin llevarse más que la tarjeta, y que, si se descuidan, se llevan algo más: un pantapié del felicitado.

Y no digamos nada del camarero que nos sirve de mala gana, del cochero de punto que, en cuanto puede, nos *cuela* una moneda falsa, ni del peluquero que, con sólo restregar una barra de cosmético contra nuestra inocente cabeza, nos hace pensar en todos los horribles suplicios de la Inquisición.

Todos, todos se creen con derecho al antipático aguinaldo, como si durante todo el año nos hubieran hecho el favor de servirnos gratuitamente; y el que quiera librarse de esta terrible tiranía, no tiene más remedio que huir de sus servicios, desde mediados de Diciembre a fines de Enero; lo cual no siempre suele ser fácil tratándose del camarero, pues el estómago obliga, pero sí en los demás casos.

Fijense ustedes en sus amigos y conocidos. ¿A qué nunca tienen tanto pelo como en Navidad?... Antes, la melena era signo de talento; ahora, en Pascuas, también, porque indica que ha librado al que la lleva de un aguinaldo.

¡Ay, si hubiera una isleta cerca donde no existiera esa maldita, mil veces maldita costumbre!... ¿No hay un Estado libre del Congo y un Estado libre de Orange?... ¿Pues por qué no había de existir uno *libre*... de aguinaldos?... ¡Bien valdría la pena de hacer el viaje!

Y si, al menos, uno pudiera desquitarse exigiendo, a su vez, el correspondiente regalo de Pascuas... Pero ¡quía! ¡yo no sé cómo se las arreglan que todos son a pedir y ninguno a dar.

Una Navidad, hace ya muchos años, tuve yo la tentación, la única que en esta materia he tenido, de felicitar *oficialmente* las Pascuas a un señor muy rico y que me debía un gran favor.

Y también yo tuve mi aguinaldo; el único que he recibido. Aquel señor, entre serio y burlón, me dijo: «Mañana le mandaré a usted para un pavo...»

¿Para un pavo?... Un pavo cuesta tres o cuatro duros... ¡No era mal aguinaldo! Y al día siguiente, en efecto, lo recibí. Pero, por más que miré y remiré la cajita donde debían venir los tres o cuatro duros, no parecieron por ninguna parte. Lo único que encontré fueron unas cuantas nueces.

¡Aquel era el aguinaldo! Y vaya si fué *para un pavo*; porque a mí no me gustan, y un pavo que había comprado, para celebrar aquel año en familia, siguiendo la costumbre, la Navidad, se las comió...

PEDRO SABAU.

AÑO NUEVO

A una niña.

Haces bien, niña querida, en saludar al viajero que toma entrada en la vida: yo al que se va darle quiero mi amorosa despedida.

No es porque males me ofrezcan; mas, ya dulces o ya amargos, lloro que los años crezcan de suerte que nos parezcan a mi cortos y a ti largos.

Tú, el nuevo al ver despuntar, oyéndome suspirar, sientes gana de reír; y es que tú anhelas llegar y yo tiemblo de partir.

Si no alcanzas la razón del por qué me desconciela lo que te causa ilusión, tu madre, y aun más tu abuela, te darán la explicación.

Ne pienses, al verme así, que viejo y calvo nací; también fui niño, hija mía, y el placer y la alegría me arrullaron como a ti.

¡Cuántas horas de impaciencia me costó la adolescencia! ¡Cuánto y cuánto padecer el adquirir la experiencia que hoy quisiera no tener!

Y conste que no me quejo: bien te dice mi cariño, aunque lo niegue el espejo, que yo soy un pobre viejo condenado a morir niño.

Por lo cual, sin duda alguna, me da el tiempo pesadumbre con su carrera importuna, pues por pereza y costumbre sentiré cambiar de cuna.

Tú al nuevo año mostrarás tus dulces ojos serenos, y lo que debes harás; que tú cantas: «¡Uno más!» mientras yo gimo: «¡Uno menos!»

MANUEL DEL PALACIO.

Folleín del SOLLER -7-

BRIGIDA

sión de mi inalterable cariño. Tú sola reinas y reinarás en mi corazón, y todo mi afán es ser digno de ti. Adios, alma mía. Tuyo para siempre.—Luis.

—Vea Vd. ahora, padre mio—dijo Brigida—la que me escribe a mí.

La carta a Brigida era exactamente igual; la única diferencia consistía en el nombre de *Brigida*, y en que en una postdata enviaba respetuosos y cariñosos recuerdos para los amantes padres de su prometida.

—Hija mía,—dijo D. Ramón—Luis te ha engañado y nos ha engañado a todos.

—¡Quiere ser digno mí, y lo mismo dice a otra mujer!—dijo Brigida con profunda amargura.

—Hija mía, hay que olvidarle—dijo la madre.

—Ya sé lo que tengo que hacer, madre mía. Ese amor era mi felicidad, mientras creí que Luis me amaba a mí sola. Amándole yo, cumplía la voluntad de Vds. y la de su padre, aquel que fué

tan excelente amigo nuestro. Ahora que Luis no ha correspondido ni a mi amor, ni a la amistad de Vds., ni al deseo de su padre moribundo, tengo que arrancar de mi corazón ese amor, y, por mucho que me cueste, lo arrancaré, aunque destroce mi pecho al arracarlo. En todo se ve la mano de Dios, padres míos. Hoy he pedido a su Divina Majestad en el templo que si Luis había de serme infiel, me lo hiciera saber antes de darle mi mano. Y Dios me ha hecho encontrar en la iglesia esta carta dirigida a otra mujer.

—Hija mía—exclamó D. Ramón, casi saltándosele las lágrimas—tú mereces ser feliz y lo serás; otro hombre habrá digno de ti, que estime tus virtudes...

—Eso no, padre mio, muerto este amor, no queda ya en mi pecho lugar para otro amor.

Eres muy joven.

—Padre mio, tengo hecho un juramento.

—¡Un juramento!—repitieron D. Ramón y su esposa.

—Sí, queridos padres, y espero que Vds. me darán su consentimiento para cumplirlo. Cuando el padre de Luis estaba tan enfermo, el día antes de morir,

yo fui a verle con Vds. y en cuando me incliné sobre el anciano, que quiso besar mi frente,—me quería como si fuera su hija,—yo le juré ante Dios, que si no me casaba con su hijo, no me casaría con otro, y sería religiosa.

—¡Hija mía!—esciamaron a un tiempo los afligidos padres.

—No es ése motivo de aflicción, padres míos; al contrario, así pueden ustedes tener la seguridad de que su hija será siempre dichosa.

—¡Dichosa!

—Si, padres míos; Dios me dará valor y fortaleza. ¿Querrían Vds. mejor que me casara con Luis, y siendo éste un libertino, galanteador de todas, me hiciera desgraciada?... Yo me conozco, y si eso sucediera me moriría de pena. No, padres míos, todo ha sido un sueño, y he despertado a tiempo.

—¡Oh! ¡el siglo! ¡el siglo!—exclamó D. Ramón—¡Las famosas ideas modernas!... ¡Hoy los hombres, con esas falsas ideas de libertad, son unos miserables!...

—Padre mio, en todos tiempos habrá sido lo mismo.

—Yo no amé a ninguna mujer más que a tu madre, ni en broma le dije una frase galante a otra alguna.

—Usted siempre ha sido muy bueno, pero otros...

—¡Y esa hipócrita a quien dirige Luis esa carta decla que deseaba ser monja!...

—Madre mía, yo no conozco apenas a Estrella Arango, tan retraida como vive, pero ¿no podrá suceder que no sea ella la que tiene ese deseo y que se la quiere imponer ese estado?...

—Ella debía saber, porque lo sabe todo el mundo, que Luis era tu prometido.

—No la culpemos, madre mía; ella acaso es la única que no tenía motivos de saberlo, ya sabe Vd. que su tia no se trata con nadie.

—¡Qué buena eres, hija mía!

—Pero ese juramento...

—Ese juramento, padre mio, lo cumpliré, si Vds. no me lo impiden; es la voluntad de Dios y la mía, y me verán Vds. tranquila, serena, feliz, acercarme al altar, y dejar caer mis cabellos, y vestir el hábito religioso, con la misma firmeza que si hubiera sido esa la vocación de toda mi vida.

—¿Y si Luis se arrepintiera y te pidiera perdón?...

(Continuará.)

